

El inquilino

Esta historia es verdadera, mi testimonio es fiel. Mi primera experiencia como restauradora de testimonios fue en Bonampak, zona arqueológica, enclavada en una deliciosa selva, húmeda y cálida, sus ceibas majestuosas conviven con árboles amenazadores como el *chechén* de sabia quemante y mortal, los helechos en sus múltiples especies se derraman en los caminos formando un arcoiris de verdes tonalidades y qué decir de los animales e insectos, rebasan en número a todos los habitantes del área maya.

Nuestra rutina de trabajo consistía en eliminar sales: carbonatos que se fueron depositando sobre las pinturas murales, tarea delicada y que llevó mucho tiempo. Esto nos permitió que los edificios arqueológicos, la selva y nosotros poco a poco nos fuéramos reconociendo. El interés de contribuir como restauradora a la zona fue incrementándose por el afecto y la preocupación que despertaba el sitio. Muchas otras personas podrían confesar también haber sido prisioneras de la misma fascinación. Tal vez, es ése el origen del sentimiento y la idea de que el sitio debe preservarse para siempre. Porque el apego y la querencia por un sitio son fuerzas reales que invitan al conocimiento y al deseo de su permanencia.

Después de una larga jornada de trabajo, uno de los mayores placeres de las restauradoras era caminar por una angosta vereda hacia un riachuelo, en donde nos bañábamos. Un día cuando empezaba a meterse el sol, alguien nos gritó que nos alejáramos pues venía una manada de jabalíes; nunca pasó, pero el susto y la sorpresa todavía perviven en mi

memoria, aún recuerdo ese baño con agua fresca, olor a animal y a hierbas.

Transcurridos algunos meses de trabajo de campo (siendo las brigadas de diferentes restauradores) tuvimos noticia de que a varios compañeros se les había metido un colmoyote. Éste es un gusano cuya larva es depositada por un mosquito sobre la piel, y día con día el gusano va creciendo al interior del cuerpo, alimentándose de sangre. Con el tiempo le van saliendo patas (como ganchos), que le

permiten desplazarse, desgarrando la carne de su víctima logrando hacer un túnel para salir a tomar aire. Cuando habita dentro del cuerpo y llega a ser adulto es semejante a un azotador.

Sobre ellos, las historias eran muchas: que se morían con DDT, que habría de sellarse el canal por donde entró, en fin. Mas mi conclusión fue que sólo los hombres habrían de padecer este castigo.

Terminaron los trabajos en Bonampak, y más tarde me incorporé a la conservación del sitio de Yaxchilán, Chiapas, un sitio hermano de Bonampak.

Si me preguntaran cuál es la primera imagen que cruza por mi mente cuando recuerdo la zona arqueológica de Yaxchilán, diría que es el agua, y su corolario la vegetación. El agua bajo distintas formas: lluvia, río, neblina o rocío es una parte esencial y misteriosa del sitio. Es así que la naturaleza en sus múltiples facetas, y las obras del hombre son un binomio indivisible y la esencia misma del lugar.

Habían pasado tres temporadas de campo, sin novedad. Un buen día me apareció una roncha en el tobillo, que me daba enorme picazón y me quejé ante el

responsable de diagnosticar y medicar a los pacientes, con mi pequeña roncha roja lo más que obtuve fueron polvos de tepescohuite, acompañados de una receta: ponérmelos diariamente. Al paso de tres días, mi roncha se tornaba café y además se intensificaba el dolor. Decidí mostrar mi tobillo a un lugareño, quien a simple vista me dijo ¡es un colmoyote!

La noticia me hizo llorar y llorar, después lo que decidí fue solucionar mi problema. El tabasqueño me llevó ante un árbol de copal y haciéndole una incisión con su navaja extrajo resina, la que untó suavemente sobre un pedazo de papel plateado de sus cigarros, y procedió a pegarme el papel sobre la roncha; ordenó dejarlo de esta manera 24 horas y así lo hice. A la mañana siguiente desprendió el papel, y adherido a éste estaba un colmoyote; se veía como una hebra de hilo blanco, satinado como de 2 centímetros.

Me desinfectó y asunto olvidado; pero la sensación de que un gusano había estado dentro de mi cuerpo era repugnante. Después de este acontecimiento, tomé la firme decisión de usar calcetas más gruesas, no volver a usar shorts, camisolas de manga larga, botas y embarrarme de citrolena, lo que ocasionó que el jefe del campamento me sugiriera amablemente cambiar de perfume. Decidí ser más precavida y no caminar por zonas emmontadas o sin explorar, cosa que hacía de vez en cuando.

Regresando a México, después de mi última temporada de campo en Yaxchilán, tuve una molestia en el pecho, un pequeño piquete. Alguien me dijo: “seguramente es una garrapata” y me aconsejó: “¿por qué no prendes un ciga-

rro y lo acercas al piquete?”, lo hice sin obtener resultados; cada día era mayor mi molestia. En las noches sentía ardor, agujas que me clavaban y pequeños pellizcos.

En esa semana fui a una reunión de antropólogos y arqueólogos, y uno de ellos comentaba cuáles eran los síntomas de quien tiene alojado un colmoyote: “el dolor se acentúa por las noches, cuando el cuerpo estaba tranquilo y el gusano aprovecha para comer y cavar su túnel, e irse desplazando”. Yo sudé frío al escucharlo; al llegar a mi casa corté un pedazo de cinta adhesiva, recordando los remedios del señor tabasqueño, y lo coloqué sobre la perforación por donde supuraba agua, así pasó un día completo.

Por la tarde desprendí atormentada la cinta adhesiva y mi sorpresa fue ver una hebra de hilo, mas ya no blanca, sino negruzca por los pelos del gusano. Llamé a un médico para suplicarle que me cortara parte del tejido en don-

de estuvo el bicho con la idea de que no hubiera otro más. Me contestó que no era solución, pues estando el bicho vivo dentro del cuerpo, éste se mueve y no es posible extraerlo fácilmente.

De inmediato me comuniqué con una amiga compañera de aventuras, su papá es médico y me recomendó que acudiera al Instituto de Enfermedades Tropicales.

Me encaminé a dicho instituto, cargando con mi “muestra de gusano” pegado a la cinta. Me revisaron y analizaron el insecto; confirmaron mi sospecha: era un colmoyote, horrible, con pelos (ganchos) en su cuerpo.

Conforme me explicaba el médico, yo caí en una especie de letargo,

escuchaba su voz a lo lejos, respondiendo a mis preguntas:

—¿Y cuántos huevecillos puede depositar una mosca o mosco?

—Cientos, miles.

—¿La mosca puede traspasar la ropa?

—Sí, en efecto.

—¿Y usted cree que puedo tener más gusanos?

—Vamos a verificar que no sea así —dijo con serenidad—. En seguida me dijo: coloque un bistec sanguinolento sobre su pecho durante 24 horas. La idea es que el gusano cuando tratara de salir a tomar oxígeno y se encontrara con el bistec, éste le pareciera más apetitoso que mi carne, y se “mudara” dejando de ser mi inquilino.

Como me daba mucho asco el bistec, por el olor a sangre y su aspecto, decidí sustituirlo por un pedazo de chuleta ahumada. Corté un pedazo, puse un plástico y lo coloqué en la herida. Me invitaron al cine unos primos y accedí. Estando en el cine, sentía como la sal me sellaba la herida, tenía comezón, ardor, y fui al baño; en eso se fue la luz, y así, en penumbra con una lámpara de pilas observé como el gusano se retorció lentamente y salía de mi cuerpo, se asomaba por el túnel que había hecho con su boca y ganchos. No resistí; me fui a mi casa y decidí ponerme el bistec con mucha sangre, y así salieron cuatro gusanos más de igual manera que el gusano que me salió en el cine.

Es una narración de pesadilla. No le deseo este mal a nadie, pero por nada del mundo cambiaría lo que fue adentrarse a Bonampak, que fue mi puerta de acceso al mundo maya; y después

Yaxchilán, aparece para formar parte de mi historia personal. Desde entonces tuve la sensación de que no era yo quien elegía los sitios, sino éstos quienes me habían elegido.

LUZ DE LOURDES HERBERT
Coordinación Nacional de Restauración